

–¿Katy? Parece que has visto un fantasma.

Sentí que se me ponía la piel de gallina.

–No es nada, Nat. He visto a una chica... alguien a quien no había visto nunca..., pero me ha mirado como si me conociera.

–Puede que os conocierais en alguna de tus vidas pasadas –bromeó.

Hannah soltó un bufido.

–O que tengáis una conexión telepática.

–Todo el mundo la tiene –respondí muy seria–. Pero hemos olvidado cómo conectarnos.

Nat alzó los brazos por encima de la cabeza y los agitó en una penosa imitación de un fantasma.

–Katy recibe mensajes desde el otro lado.

–No es verdad.

Me hincó los dedos en el costado.

–¿Y qué hay de la señorita Murphy, la nueva profesora de religión? Estabas segura de que tenía un aura negativa, y resultó ser una auténtica bruja.

–Acerté con ella –asentí, con una sonrisa.

–¿De qué se trata? ¿Es un don?

–No... solo intuición.

Hannah y yo compartíamos asiento, y ella se movió para acercarse a mí.

–¿Te dice tu intuición cuándo dará Merlin algún paso?
Mi estómago sufrió una sacudida, como si estuviera en una montaña rusa justo antes de lanzarme hacia abajo.

–Creía que no iba a funcionar, y de pronto hoy... Es extraño... algo ha cambiado.

–¿Qué? –preguntaron las dos al unísono.

Crucé los brazos sobre el pecho, aferrándome al recuerdo como si fuera una manta con la que cubrirme.

–Me miró de una manera increíble. Como si yo fuera la única persona en el mundo entero.

Hannah aplaudió entusiasmada.

–¿Crees que pasará algo entre vosotros?

–Eso creo, sí –contesté, tímidamente.

–¿Pronto?

–Eh... Es como cuando se acerca una tormenta de truenos y relámpagos y el aire está realmente denso y... cargado de electricidad.

–¿Tus vibraciones psíquicas otra vez?

Estaba acostumbrada a que me gastasen ese tipo de bromas, así que respondí a la defensiva:

–No las necesito con Merlin.

–¿Cómo es su aura? –preguntó Nat.

–Increíblemente clara, fuerte y muy pura.

Hannah me lanzó una mirada inquisitiva y arrugó la nariz.

–Tendrías que estar dando saltos de alegría, Katy, pero pareces casi... deprimida.

El autobús se estremeció al detenerse un instante y me sujeté a la barra de metal.

–¿Y si os dijera que todo parece demasiado bonito como para ser verdad?

Una mano me tocó la frente, pero la aparté enseguida.

–Suenan patético, pero es que no soy el tipo de chica que consigue a alguien como Merlin... uno de los buenos.

–¿Y quiénes son los buenos? –preguntó Nat con indulgencia.

–Los que tienen bronceado permanente, reflejos en el pelo, cuerpos macizos y... completamente depilados.

Nat y Hannah se echaron a reír y les agradecí su apoyo. Eran mis mejores amigas, de las que están ahí siempre que las necesitas; el tipo de amistad que yo nunca había logrado tener. Sin embargo, parecía que el hecho de haber estado rondando a su alrededor sin inmiscuirme había funcionado para nosotras tres.

–Tú podrías pertenecer a la Lista A –afirmó Hannah cariñosamente.

–No con estos rizos con forma de sacacorchos, mis caderas y la hipocondríaca de mi madre –objeté.

Siempre procuraba ser la primera en mencionar la histeria de mi madre, y desde luego, nadie podía describirme como lo que se entiende por «mona».

–¿Por qué no iba a interesarse por ti alguien como Merlin? –quiso saber Nat de pronto.

Dirigí mi mirada hacia lo lejos.

–¿Alguna vez habéis soñado con lanzar un hechizo para hacer aparecer al hombre perfecto? Pues... yo sí, y el resultado ha sido Merlin.

–La vida puede ser mágica –insistió Nat, soltando un suspiro-. Sobre todo tú deberías creer en ello.

La miré con cariño y le revolví el cabello teñido de rosa chillón.

–Pero es que está ocurriendo demasiado rápido. Me encuentro al borde de algo nuevo y alucinante y estoy completamente... aterrorizada.

Hannah sacó su polvera y retocó su ya de por sí perfecto maquillaje.

–Este es un nuevo comienzo para todas nosotras –afirmó–. Se acabaron los uniformes escolares, se acabó la señorita Owens con su bigote y sus blusas de poliéster cargadas de electricidad estática, y se acabaron las pandillitas patéticas.

–Tienes razón –asentí–. La nueva escuela es genial. Tenemos mucha más libertad y todo el mundo es muy agradable.

Durante un segundo cerré los ojos para formular en un susurro mi deseo particular: «Y este será el año en el que por fin me voy a encontrar a gusto y voy a causar sensación». Una vida estupenda me está esperando a la vuelta de la esquina, lo sé.

Mi parada era la siguiente, así que me levanté del asiento y pulsé el botón.

–Ven a mi casa –me invitó Hannah–. Estamos buscando en Internet algún lugar adonde irnos estas vacaciones.

–A mi madre no le gusta que pase fuera ni una sola noche –refunfuñé–. No vale la pena ni planteárselo.

–Algún día tendrá que dejarte, Katy. Tienes que vivir tu propia vida.

Sacudí la cabeza y fruncí el ceño.

–Depende de mí para todo. Probablemente acabaremos vistiéndonos igual y terminando cada una las frases de la otra.

–¿Has visto *Psicosis*? –gritó Nat detrás de mí.

Bajé a trompicones del autobús, absorta en mis pensamientos, y de pronto sentí una oleada de esperanza. Hannah tenía razón, tendría que estar dando saltos de alegría. Todo me estaba saliendo bien: la escuela, las amigas, Merlin. Incluso tenía expectativas de que mamá mejorase. Me agarré a una farola y corrí en círculos hasta que me sentí mareada, mientras Nat y Hannah daban golpes en la ventana del autobús y agitaban frenéticamente sus manos para decirme adiós. Necesité un momento para que mi vista volviera a aclararse y me cubrí los ojos. Había llovido y ahora el calor apretaba y hacía que una especie de bruma se extendiera por todas partes. Miré otra vez. La chica de los ojos verdes estaba en la esquina de la calle. Parpadeé con fuerza. Permanecía allí, pero como el humo un instante antes de disiparse la chica era el vestigio de un recuerdo que se evaporó, dejándome otra vez una sensación de inquietud. Mis ojos debían de estar gastándose bromas pesadas.

Resultó inevitable que me diera de bruces con la realidad. El corazón me dio un vuelco al abrir la puerta de casa. Era media tarde y las cortinas del salón estaban echadas.

—Hola, Katy.

Mamá siempre pronunciaba mi nombre como si estuviera disculpándose. La estancia hedía a humedad y a moho. Ella todavía llevaba puesto el camisón, y sus ojos me escrutaban en la penumbra.

—¿Te duele la cabeza?

Puso una mueca de dolor y se recostó sobre un cojín, al tiempo que asentía. Dejé caer mi mochila en la alfombra con un golpe seco, mientras pensaba en lo estupendo

que sería desaparecer escaleras arriba y concentrarme en un nuevo diseño de ropa. Para mí era como una droga, el único momento en que de verdad me dejaba llevar; pero mamá llevaba todo el día sola y necesitaba compañía. Intenté ser agradable:

–¿Puedo traerte algo?

–No he comido, y apenas hay nada en la nevera –contestó, y empezó a toser.

–Buscaré en los armarios –dije–. Me las apañaré para preparar alguna cosa.

El estado de la cocina era deprimente: ropa sucia amontonada en el suelo, platos apilados en el fregadero, y mis pies pegándose a las baldosas. Mamá siempre había sido una persona difícil, pero cuanto mayor me hacía yo peor estaba ella. Recogí, intentando contener el resentimiento que crecía en mi interior, y metí en el microondas un pastel de carne precocinado. Como soy vegetariana, el olor a carne picada me provocó náuseas. Calenté un bote de sopa de tomate para mí y mojé un trozo de pan rancio en ella.

–Siento la garganta como si fuera de cristal, y el dolor de cabeza me ciega...

Los enfermos pueden ser muy egoístas. ¿Dónde había leído eso?

–Si pudieras volver a casa más temprano... Sé que te encanta la escuela, pero los días se hacen eternos...

Y tú podrías poner de tu parte y acudir a las reuniones del grupo de apoyo o tomarte la molestia de hablar con alguien sobre tus problemas...

–¿No estarás pensando en irte a ninguna parte en verano, verdad, Katy? No soportaría quedarme sola.

La casa empezaba a parecerse a una cárcel, sin reducción de condena por buen comportamiento. Y nunca me has dejado solicitar mi pasaporte siquiera, así que ¿cómo podría irme al extranjero?

–Tal vez podrías tomarte un año sabático, sin ir a la escuela... hasta que me sienta mejor.

Alegué que tenía montones de deberes por hacer y escapé a mi cuarto, desesperada por un poco de espacio, y permanecí allí hasta que, más avanzada la tarde, mamá me llamó a gritos. Su voz sonó embadurnada de una extraña excitación, y cuando llegué al último de los escalones vi sus mejillas sonrojadas y su rostro iluminado.

–Acabas de perdértelo, Katy. He recibido una visita, una joven que vendía joyería. Mira lo que te he comprado. –Me mostró algo verde y plateado y lo agitó ante mí como si pretendiera hipnotizarme.

Alargué el brazo y ella puso en mi mano una especie de colgante. La piel se me volvió a erizar y la sensación se hizo tan fuerte que creí que tenía el cuerpo cubierto de insectos. El colgante estaba hecho de cristal esmeralda, exactamente el mismo color de aquellos ojos verdes que me habían mirado hoy tan fijamente. No fue necesario que mamá describiera a la persona que la había visitado. Mi instinto me dijo quién había sido.